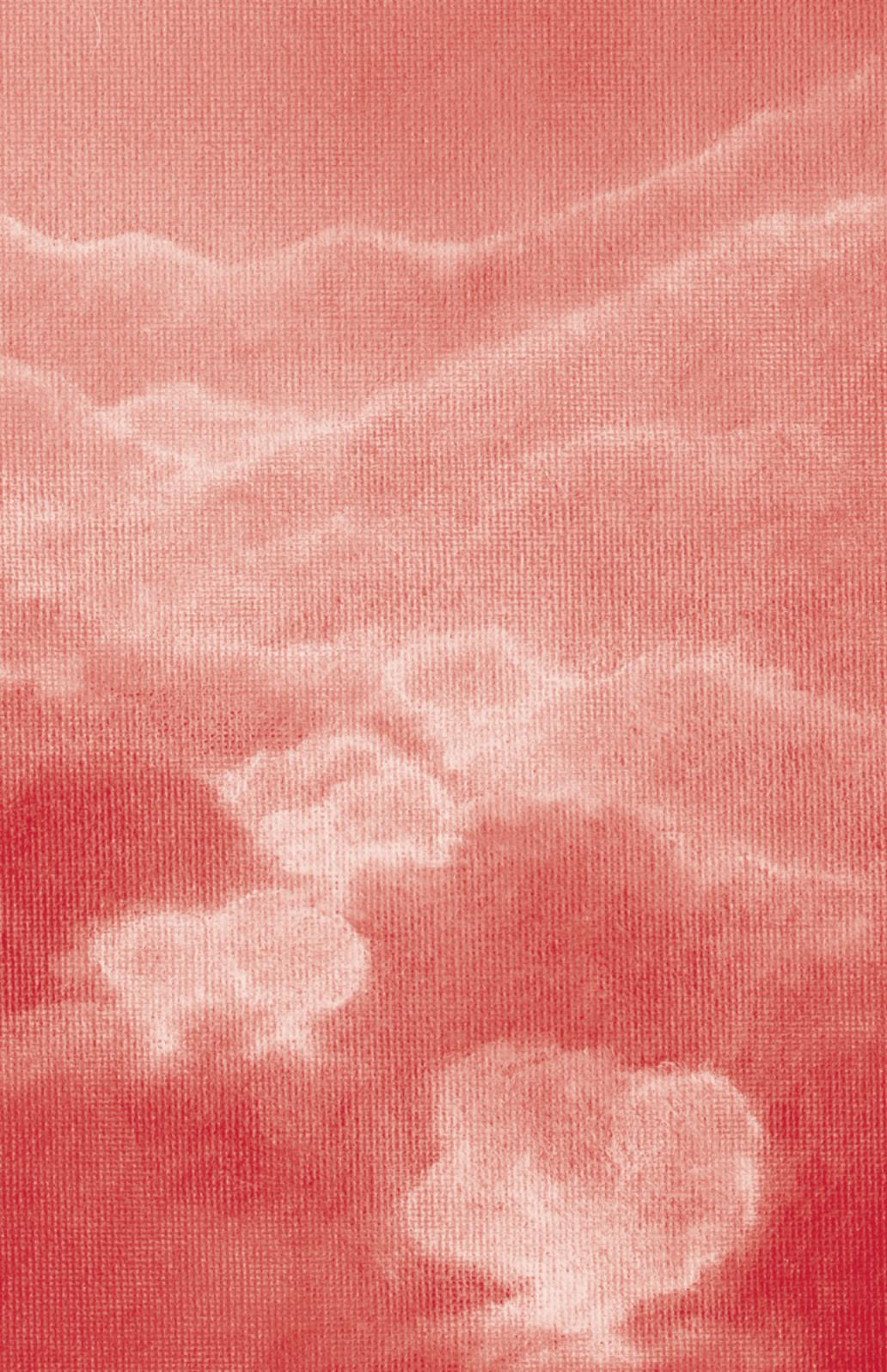


carmela

la justicia para mí es hablar
carmela



COLECTIVA
**ACTORAS
DE CAMBIO**



historias de vida

colectiva actoras de cambio

© colectiva actoras de cambio 2020

primera impresión 2011

segunda impresión 2020

coordinación amandine fulchiron

investigadora angélica lópez

traductora anastasia velásquez

transcriptora anastasia velásquez

redacción maría José pérez

edición chuy tinoco

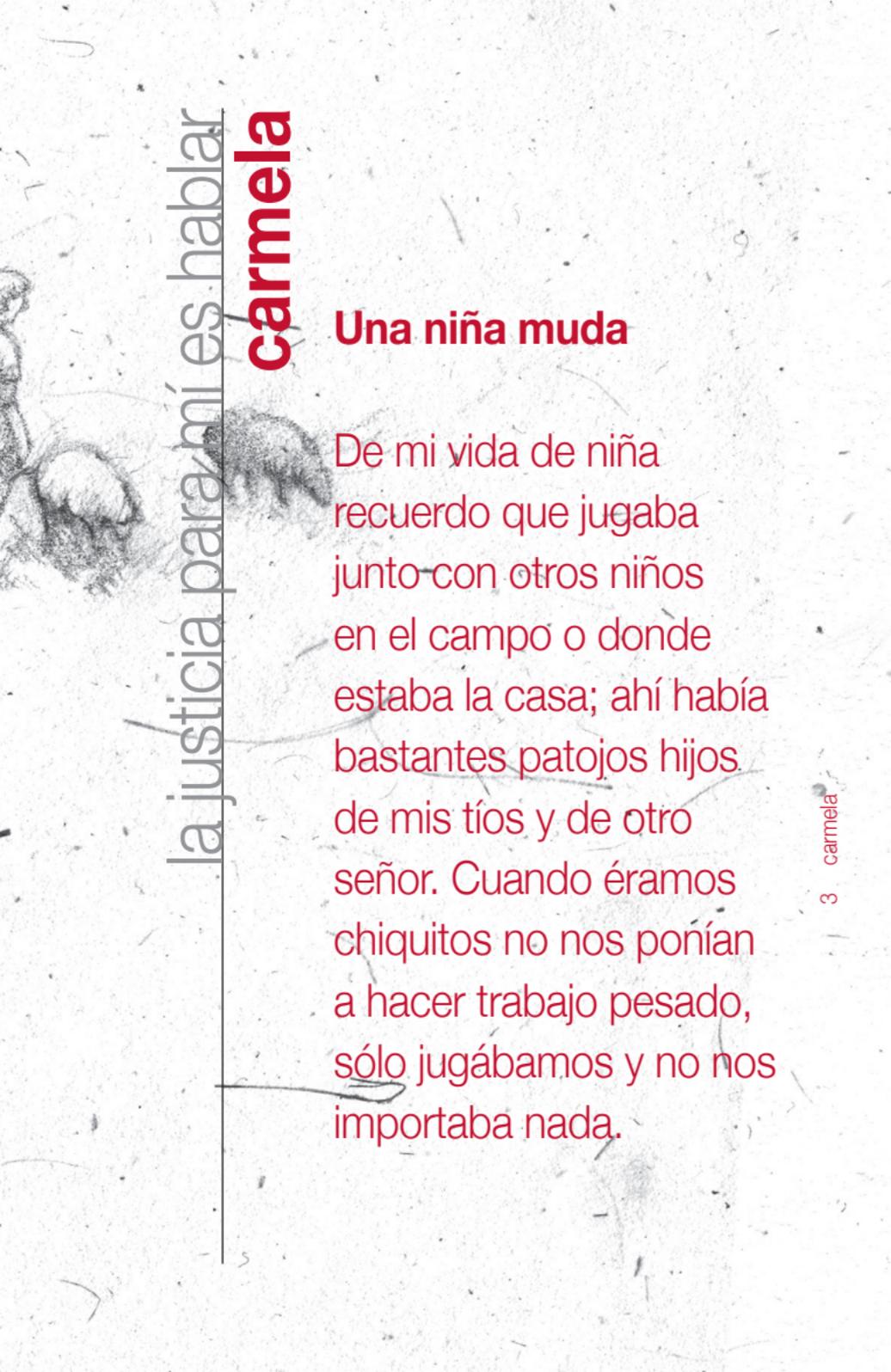
diseño e ilustración laura sánchez cortés

impresión serviprensa

Gracias al apoyo de: **Fondation Pro Victimis**

Esta publicación puede ser empleada
acreditando a la **Colectiva Actoras de Cambio**,
a favor de nuestra vida y libertad como mujeres,
aquí y en todo el planeta.





la justicia para mí es hablar

carmela

Una niña muda

De mi vida de niña recuerdo que jugaba junto con otros niños en el campo o donde estaba la casa; ahí había bastantes patojos hijos de mis tíos y de otro señor. Cuando éramos chiquitos no nos ponían a hacer trabajo pesado, sólo jugábamos y no nos importaba nada.

La costumbre en las aldeas es que cuando una niña crece, como de cinco o seis años, ya puede cuidar a sus hermanitos, entonces yo lo hice, cuidaba a mis hermanitos aunque soy la segunda hija; mi mamá se quedaba haciendo la limpieza de la casa. Siempre nos bañábamos en el chuj¹, salíamos a jugar al campo y cuando ya era hora de almuerzo mi mamá nos llamaba, cuando llegábamos ya estaba lista la tortilla. Después, cuando llegué a los diez años, me mandaron a pastorear carneros y tenía que salir desde las ocho de la mañana; a veces se iban otros compañeros conmigo, éramos tres y aprovechábamos para jugar.

Recuerdo que mi papá no me puso a estudiar, yo quería ir pero no me mandaron, mi papá mandó a mi hermana más grande y a mí me dijo: “Usted niña, no va a poder estudiar porque es una niña muda, sólo va a ir a pastorear”, entonces yo sentí que no podía hablar, sólo hablaba mam, porque nosotros no aprendimos a hablar en español cuando éramos chiquitos. Mi papá le dijo a mi hermana: “usted sí va a ser maestra, va estudiar”.

Varias veces mi mamá me pegó porque yo no cuidaba bien a los animales y algunos se quedaban abajo del monte cuando me iba a pastorear, los buscaba y no los encontraba, entonces mejor me venía. Otras veces los animales no estaban porque yo no podía contarlos, entonces cuando llegaba a la casa hacían falta, mi mamá me pegaba y yo tenía que regresar a buscarlos, eran cuatro las vacas a mi responsabilidad. Así me pegaba duro con varejón en las piernas, también a mis otras hermanas les pegaba; en cambio mi papá sí me regañaba bastante pero nunca me pegó.

1 Temascal. Baño de vapor.

Cuando crecimos otro poco, a mí me pusieron a trabajar y a mi hermana mayor no. Como ella iba a la escuela, le lavaban la ropa y le hacían la comida, sólo a mí me jodieron en el trabajo: me iba a hacer comida a los mozos y mi mamá me levantaba a las cuatro de la mañana para tortear y sacar el nixtamal en el molino, porque antes no había motor.

Mi hermana cumplió catorce años y se fue con su marido. Ella estudiaba fuera de la aldea en Colotenango, se metió con un hombre y resultó embarazada, no terminó la escuela ni aprendió a hablar español. Entonces mi papá dijo: “¿Así van a hacer ustedes? ¿Acaso van a ir a estudiar? Sólo se van a juntar con los hombres, saber a dónde se van a ir a meter con ellos. No les pusimos a trabajar, cuando fueron creciendo estuvieron en la casa y todavía se van rápido con sus esposos”. Así fue que me pusieron mucho trabajo.

Hubo un tiempo en que mis papás se fueron a la costa y yo me quedé en la casa con mi abuelita a cuidar los animales. Después me llevó mi papá, sólo a mí, allá por Cuatro Caminos y a Santa Ana Huista, a hacer la comida de seis mozos mientras él sembraba. Nunca aprendí a limpiar con azadón y tampoco me gustaba hacer ese trabajo, mi responsabilidad era cocinar y apenas podía sacar el nixtamal del molino porque era muy alto. Todos los días nos íbamos a las siete u ocho, y a la misma hora en la tarde volvíamos.

Trabajé mucho en mi casa, como no había quien ayudara porque mis otros hermanos estaban chiquitos, hacía la comida, la limpieza, lavaba la ropa chiquita, la mía y la de mis

hermanitos y mamá lavaba la ropa grande. No tengo enojo con mi hermana por eso, lo que me duele es la decisión de mis papás, no sirve como hizo mi papá.

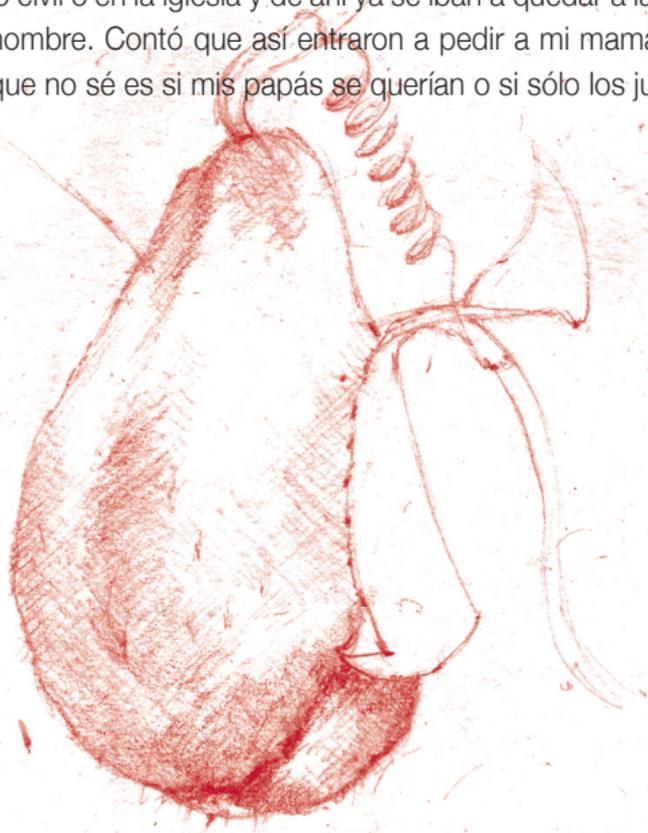
En total somos ocho hermanos, una más grande, yo soy la segunda, el tercero es un varón que es alcalde ahora, de ahí dos mujeres y otros tres varones; de todos los hijos somos dos a las que no nos pusieron a estudiar porque somos mujeres, por eso es que mi hermana pequeña tampoco sabe hablar español. Ahora, a los hombres y a mi hermana Cristina sí los mandaron a la escuela y no tuvieron que trabajar duro, como a mi hermana mayor, les lavaron sus ropas y cuando terminaban sus clases, ya estaban listas sus tortillas.

Cuando crecimos, aunque nuestra comida estuviera hecha con hierba o chile, siempre tuvimos que comer, no sufrimos hambre, no puedo mentir. Lo que sí es que no teníamos ropa, mi mamá cortaba un pedazo de sábana para ponernos. Mi abuelita era la que me ayudaba a conseguir ropa de gente más grande o me compraba aunque fuera el corte más viejo, cuando salía a otras aldeas; tampoco usábamos zapatos y cuando ya estábamos grandes, no nos dieron ropa ni nos compraron hilo para hacer un güipil o un corte.

Mi mamá nunca me enseñó a tejer y ella sí sabía; ahora yo no sé tejer bien, hasta como de quince años aprendí viendo cuando llegábamos a la casa de alguna señora que tejía. Otra cosa que hacíamos es que, como mi mamá no trabajaba, con una de mis hermanas iba a comprar a Chimaltenango un poco de güisquil², y bajábamos a venderlo en el pueblo de

Colotenango; comprábamos el güisquil a dos por cinco y lo vendíamos a cinco centavos cada uno para conseguir nuestra ropa, pero nos costaba mucho.

El nombre de mi abuelita era Andrea, era la mamá de mi papá. A veces nos encontrábamos pastoreando y platicábamos; también cuando venía a Colotenango andábamos siempre juntas. Ella me contaba muchas cosas de cuando se casó y de cómo hablaba con mi abuelito, porque él murió antes que se casaran mis papás y yo ya no lo conocí. Me dijo que para juntarse la costumbre era que viniera a pedir el papá del hombre al papá de la muchacha, la venía a comprar, se tomaban aguas por ella, después directo se iban a casar en lo civil o en la iglesia y de ahí ya se iban a quedar a la casa del hombre. Contó que así entraron a pedir a mi mamá, pero lo que no sé es si mis papás se querían o si sólo los juntaron.



En la casa había siempre problemas porque mi mamá era de Ixtahuacán y mi papá se iba trabajar a Colotenango, regresaba a la casa los sábados y se volvía a ir el lunes, por eso la gente comenzó a decir que estaba con otra señora; las personas llegaban con mi mamá a contarle cosas como: “esa mujer se fue con tu esposo”, por eso es que mi mamá se enojaba mucho. Todavía ahora llegan a decirle que mi papá anda con una señora de Colotenango y que ya tiene una hija con ella, que se parece a mí, que esa hija se fue a los Estados Unidos y que tiene otra mujer en Ixtahuacán.

Cuando se murió mi abuelita Andrea, yo lloré mucho. A la mamá de mi mamá también la conocí, pero ella vivía hasta allá en una aldea como a tres horas del centro de Ixtahuacán y nunca fui allá.

A los quince años me quise ir para un convento con las religiosas en Ixtahuacán. Le conté a mi mamá y ella me dijo: “no, usted nunca va aprender”. “Yo me voy”, le dije, y salí. Pero vino otra señora y me preguntó: “¿dónde vas?”. “Me voy a un convento”, le respondí. “No”, dijo ella, “¿acaso a usted la van a recibir si usted es gente grande, ya es vieja? Además, cuando uno va a entrar ahí tiene que pasar un examen para ver si todavía no ha estado con un hombre”. Cuando yo escuché eso, me puse a pensar: “¿a dónde más voy a ir, acaso hay algún lugar? No hay, no puedo hablar en español, no puedo decir qué quiero y nadie puede ir conmigo para preguntar”.

Un muchacho de Ixtahuacán, que era maestro, me empezó a hablar y saber si me quería para su mujer; yo la verdad no tenía

ganas de estar con un hombre. Ya tenía como seis meses que me hablaba cuando un domingo me encontré a un mi primo en el camino y nos pusimos a platicar, así de bromas, pero como la gente no puede ver que está uno con alguien porque ya empieza a decir que tienen algo, o que ya se va con él, una señora que nos vio se fue a decirle a mi mamá: “tal vez usted no le pega o no regaña a su hija, que ahí se va a hablar en el camino con los hombres. Tal vez ustedes no le dan consejos”, y cuando yo llegué a la casa mi mamá empezó a regañarme, me gritó: “¿en dónde andabas? ¡Si estás platicando con ese hombre mejor ándate, ándate atrás de él de una vez!”. Ya eran como las cuatro de la tarde y me seguía gritando. “¡Ya no quiero que estés aquí, mejor ándate!”, me decía. Desde ese día no sé qué pasó con el otro muchacho, ya no hablamos y como me mandaron a la finca, él se quedó. Así es la gente, habla mal y la verdad es que yo no hice eso, yo no me enamoré o pensé en alguien para mi marido ni nada.

Los del monte

En ese mismo tiempo, como en el ochenta, fue que empezó la guerra y por mi casa pasó gente. Los del monte estuvieron con nosotros, les hicimos su comida, fuimos a dejarla en el monte y ni ahí con ellos vi a alguien, ni tuve deseos de buscar marido, lo que sí pensé fue: “¿será que me voy a quedar así, sin aprender nada? ¿Por qué no me dejan aprender?”, y quería salir,irme con los guerrilleros que pasaban a la casa porque decían que ahí con la guerrilla uno aprendía español. Entonces mi mamá dijo otra vez: “¡no te vas! ¿Acaso vas aprender a

hablar el español? Nunca vas a aprender. ¿Acaso sabes hablar en castellano? Ni una palabra sabes, estás totalmente muda”. Qué iba a hacer entonces, me quede ahí de una vez, no había lugar a donde pudiera ir. Recuerdo que cuando mi papá llevaba a la casa a una persona de los que hablan español, yo me escondía. No podía contestar y sentía que no podía nada, hasta que se iban ellos regresaba a la casa. Pensaba: “¿qué voy a hacer? ¡No puedo, no puedo!”.

Me quedé trabajando en la casa y a veces me iba a ayudar a mi papá a traer leña. Ya no me mandaron a pastorear pues yo ya era grande y como ya estaban los soldados en las aldeas, no podíamos a salir. Mi hermana grande, que se había juntado, salió por los problemas. Ya no se podía bajar a la aldea, en ese tiempo la gente decía que cuando uno estaba caminando, en el camino lo agarraban diciendo que era guerrillero, entonces ya no salíamos para nada. En ese tiempo llamaron a mi papá a la zona militar de Ixtahuacán, pero un señor llegó a decirle: “mejor no vayas porque te tienen de primero en la lista de los que acusan de guerrilleros”. Otro señor sí se fue y lo mataron.

Cuando llegaron la primera vez los soldados, yo estaba en la casa de una de mis tías y llevaba a mi hermanita. Mi mamá me había dicho: “ándate con tu tía”, y yo me fui, no sabía que iban a llegar los soldados. Íbamos entrando cuando llegaron los soldados, eran bastantes, vestidos de civiles y empezaron a preguntarle: “¿dónde está tu esposo? Ya se fue con los guerrilleros. Ustedes ya saben que son guerrilleros y tal vez ustedes también”. Eso le dijeron a mi tía y a mi abuelito y mi tía no contestó en español sino en mam. Luego unos cuantos

soldados entraron a la casa preguntando: “¿dónde están los guerrilleros?” y otros se fueron abajo del monte. El que estaba mandando a los soldados dijo que el señor que llevaban con ellos ahí había señalado la casa de mi tía y que sí era cierto, que ellos ya sabían quiénes eran los guerrilleros. Ese señor que iba con los soldados era de Ixtahuacán y lo que pasó es que no tuvo miedo de bajar a la aldea; se fue por el camino junto con otros dos hombres y dos mujeres y los soldados los agarraron delante de San Pedro Necta; cuando lo llevaron de vuelta a la comunidad le preguntaban dónde o quién era el responsable de la aldea y él iba señalando casas.

Como nosotros estábamos en la casa de mi tía, nos agarraron, nos llevaron adentro y nos encerraron juntos a mi tía, a mi abuelita, a mis primos y a mí, todos amontonados mientras que ellos estaban afuera. Nosotros no pensábamos en ese momento que nos iban a dejar libres sino que iban a poner un puro dentro de la casa o alrededor, pero lo que hicieron fue que sólo nos dejaron ahí encerrados y se fueron.

Cuando vio esto un señor nos vino a sacar y yo salí corriendo con mi hermanita para llegar a mi casa. En ese momento llegó mi papá a esconderse y me pegué atrás de él. Él me regañó y me dijo: “¿Por qué te vienes conmigo? Quédate con la que te cagó”, y se salió otra vez. Esas palabras todavía me duelen y me llegan al corazón.

Cuando llegué a la casa, le conté a mi mamá lo que me había dicho mi papá y le dije: “mamá, vamos porque van a venir los soldados. ¡Vamos, nos van a matar!”. “No”, dijo mi mamá, “yo

aquí me voy a quedar, si me quieren matar que me maten”. En eso llegaron otros que sí tenían pura ropa de soldados y se dividieron en dos partes cerca de la casa. Yo jalaba a mi mamá para salir pero ella no quiso, sólo pude sacar a mis dos hermanitos, me cargué al pequeñito y los llevé al monte.

Después se fueron los soldados y se llevaron al señor que llevaban agarrado, dicen que lo mataron. Luego bajaron por el camino a Tixel, no sé a dónde se fueron, tal vez a Huehuetenango. Nosotros nos quedamos muy asustados.

Ese mismo día, en la mera tarde, mi mamá se enfermó y ya se iba a morir. Se quedó tirada en el suelo con lo del susto que le dio, y yo solita con mis hermanitos pequeños todavía, sin nadie que ayudara a mi mamá, que estaba gritando. Fui a llamar a una señora para que viniera a curarla. No sé si tenía miedo o qué le pasó, si fue porque llegaron los soldados, quemaron casas y robaron gallinas o porque una señora nos fue a decir que mi papá estaba escondido con doña María, una señora a la que ya se le había muerto su marido. Mi papá tenía miedo de los soldados porque era cierto que el señor al que agarraron sabía dónde estuvieron los guerrilleros, y como con mi papá y mi tío llegaron los guerrilleros la primera vez, la gente ya sabía quién era el responsable y el que les había dado el permiso para guardarse ahí y para sacar la comida. Sí es cierto que nosotros fuimos esto, por eso se escondía mi papá, porque él era responsable de los del monte y ya había llegado la información con la gente de que lo iban a matar, aunque nos hubiéramos escondido todos juntos.

Porque somos mujeres

Mi mamá se quedó en la cama, no se levantó hasta el día siguiente. Ya después se le pasó eso. Nosotros pensamos que los soldados ya no iban a llegar pero había pasado una semana cuando regresaron. En esa ocasión ahí estaba otra vez mi mamá sentada en frente de la casa, se había quedado sola con mis dos hermanitos, yo no estaba porque mi mamá me había mandado a dejar el almuerzo a unos primos míos que estaban como nuestros trabajadores limpiando la milpa. Estábamos allí cuando me levanté y vi que en el camino salieron los soldados, pero como la milpa es grande les dije a mis primos: “vamos, van a venir los soldados”, y salí huyendo al monte con uno de mis primos, pero el otro se quedó ahí y lo mataron. Cuando pude llegar a mi casa le pregunté a mi mamá si le había pasado algo. Ella dijo: “No, entraron y se amontonaron en una rueda, yo me quedé en medio de ellos y me preguntaron: ‘¿dónde están los guerrilleros? Tal vez ustedes son guerrilleros y ustedes preparan la comida para ellos o la van a dejar abajo del monte’”. Yo le pregunté por qué los guerrilleros habían dicho que tal vez le había pasado algo, pero ella no me dijo nada, no contó nada. Yo pienso que fue violada: se quedó sola y la gente decía que si estaba uno sola, cuando los soldados llegaban, si encontraban a una mujer, se ponían a violarla porque somos mujeres.

Así, otra cosa que pasó es que a una de las muchachas detenidas en San Pedro, que tenía como quince años y yo que me acuerdo que era bien bonita, los soldados la llevaban a todas las aldeas, hasta a nuestro caserío Checrúz y le iban

preguntando dónde estaban los guerrilleros, dónde sacaban o preparaban su comida, quién era el responsable y ella sólo decía; “no, saber dónde están no sé, talvez están hasta allá”, y señalaba allá lejos. “No sé dónde están, ya no me acuerdo por dónde pasamos, pero si ustedes quieren caminar, vamos hasta Santiago Chimaltenango, allá en esa montaña”. Se fueron y cuando regresaron se quedaron en el centro de Tojlate, en la escuela donde está la iglesia católica y allí juntaron a todos los hombres y les dijeron a cuatro señores que hicieran un hoyo, ellos llevaron los azadones y con ellos se fueron cinco soldados.

Los señores pensaron que los iban van a matar, pero cuando terminaron, los soldados llamaron a la muchacha para que se parara enfrente de ese hoyo y le quitaron la ropa, la violaron cuando esa patoja ya estaba embarazada. También le quitaron las chiches y su vientre, ya después la mataron enfrente de ellos, le pusieron un lazo y la dejaron tirada ahí en ese hoyo, después se fueron y la gente se juntó para sacarla y ponerle una toalla o algo, pero algunos dijeron: “mejor no, porque los soldados van a regresar y si ven que nosotros la sacamos, nos van a matar. Mejor ahí déjenla”.

Eso me dio miedo, fue un año en que yo quería salir, ya no quería estar en la casa porque pensaba que talvez llegaran de día o en la noche, y peor si estábamos durmiendo. Ya sólo quería quedarme debajo del monte por el miedo que tenía de ver la cara pintada de los soldados, porque cuando llegaban con la cara negra bien pintada, era como que no fueran personas sino animales; y no sólo eran los que hablaban español, también

había indígenas, como el señor que mató a mi primo en la milpa, ese señor después supimos que era de Colotenango, él mismo dijo en mam que había matado a un muchacho en la aldea: “yo lo maté”, dijo. “Cuando lo maté como que ya no era persona era un animal; no vi si era persona, sentí que era un animal que estaba bajo la milpa, no sentí”.

La tercera vez que llegaron soldados, como pasaban cada quince o cada ocho días, nos agarraron como a las diez de la mañana, me encerraron junto con mi abuelita en un cuarto en donde estaban más mujeres. Primero se metieron dos soldados y nos empezaron a hacer cosas, ya después el mero jefe les dijo: “mejor salgan todos, yo solo me voy a quedar aquí”. Entonces se salieron porque ahí el que manda, manda. Ese hombre, que era el jefe, fue el que a mí me hizo daño; yo no quería porque cómo va a ser que uno con esos hombres quiera hacer relación; bueno, cuando una mujer lo hace con un hombre platican primero cómo se va hacer, cómo son las relaciones o aparta uno tiempo para hacer eso, en cambio esos lo agarran a uno sin platicar nada y peor ese hombre, que no me gustaba, ni lo conocía. En las violaciones no hay un acuerdo, hicieron cosas a la fuerza para ver cómo estaba nuestro cuerpo y de ahí se fueron. Si está vivo o ya se murió quién sabe, fue un solo hombre el que me violó y yo grité duro pero él me tapó la boca.

Los soldados nos hicieron daño y nos dejaron ahí, yo me sentí como que ya no era yo, como que ya no estaba limpia, porque si a uno le hacen eso siente que está sucia, que ya no está bien, y todavía cuando lo cuento o lo recuerdo, me siento mal. Ese día sólo estuve llorando. No entramos en la casa sino que estuvimos

afuera, no comí nada, hasta en la noche llegué a la casa con mi mamá y con mis hermanitos más pequeños. Cuando oía que la gente avisaba: “¡ahí vienen los soldados!”, sentía un gran miedo de quedarme ahí y salía rápido para abajo del monte.

Yo pensé: “qué tal si quedo embarazada”. Antes había escuchado que cuando una mujer hace así con un hombre, rápido, se queda embarazada; eso fue lo que sentí, que qué iba a hacer y más porque mi papá iba a estar bien enojado. Me daba temor también por los comentarios sobre nosotras como mujeres: “ella ya no sirve”, dicen a veces algunas personas. Pienso que los soldados no hubieran entrado con nosotras si no se hubiera levantado esa gente del monte, si no se hubieran mostrado y me da rabia con las personas que hablan mal, porque lo que nos pasó fue a la fuerza, no les importó que fuera una mujer adulta o niñas, a todas las violaron.

Antes de la guerra, la gente decía que los choleros³ secuestraban a las personas en la noche y que las mataban, pero no se escuchaba de las violaciones. Yo creo que en la guerra aprendieron los hombres de lo que hacían los soldados y por eso lo hacen ahora. Antes tampoco robaban, por eso no tenía miedo una de caminar, ni cuando yo caminaba con mi abuelita ya de tarde; tampoco le teníamos miedo a los hombres, todo eso cambió con la guerra.

Por las cosas que pasaron, mucha gente se asustó, ya no comieron, ya no durmieron en sus casas y se quedaban en el monte, hasta que un año la gente de las aldeas supo que iba a venir la paz a Guatemala y dijeron que iba a venir el papa a

3 Persona de clase baja con poca cultura.



calmar los problemas; entonces la gente de las aldeas se juntó para pedir a Dios, en la noche, con susto, buscaron una casa lejos del camino para cantar y pedir a Dios. Muchos se hicieron católicos ese día. Poco a poco se fue calmando el miedo, ya había entrado la gente de las aldeas en sus casas y si llegaban los soldados, pasaban lejos, ya no pasaban a las casas.

“Usted va a ir a clases, la vamos a mandar a estudiar”

Como bastante gente buscó la religión y se calmó la guerra, llegaron unas monjas franciscanas al pueblo. A mí me gustó ir con ellas porque no tenían marido, ni buscaban, se entregaban como servidoras de Dios, y como yo siempre pensaba eso de no tener marido, le pedí a una señora que hablara con ellas y las monjas le dijeron que sí podía yo ir con ellas; entonces decidí irme para Colotenango cuando tenía veinticuatro años.

Yo no podía decir nada cuando entré ahí; vaya que esas mujeres eran buenas y me enseñaron a hacer la limpieza, la comida y todo, lo que me dolió es que no podía contestar cuando ellas me enseñaban, pero después me dijeron: “usted va a ir a clases, la vamos a mandar a estudiar”, y me inscribieron. Cuando llegué a la escuela, el profesor le dijo a los niños y a las niñas: “tienen una compañera que ya es grande”, a mí me daba pena, los niños me respetaron porque era grande y ellos chiquitos, sólo se quedaron callados. No gané ese grado, me quedé otra vez y pensé en qué tenía que hacer para volver a la escuela; comencé a aprender a hablar español. Cuando pude, no tuve problemas y saqué sexto grado.

Cuando salí de sexto me mandaron a hacer la comida de un padre en Ixtahuacán y ahí estuve cuatro años; cuando regresé me fui dos años a La Democracia con las religiosas, entré a primero básico, pero perdí y me regresé a mi casa. Después estuve trabajando tres años en CONALFA, junto a mi hermana Cristina, enseñando a las señoras que ya son grandes y que no pueden hablar español, a leer y escribir. Luego me fui para Guatemala a trabajar con las mujeres de CONAVIGUA, pero sólo me quede con ellas como dos meses, porque no me gustó que cuando uno iba a salir a las aldeas o a otros lugares, tenía que ir acompañada de un hombre y quedarse a dormir en el mismo lugar.

Fui a Xela para estudiar tres años, terminé los básicos y entré a cuarto magisterio, pero no gané porque cuando hacían exámenes ponían palabras que no entendía y no podía contestarlos. Quise entrar otra vez a magisterio pero mi hermano dijo que no, que mejor entrara a bachiller, eso hice y saqué bachillerato por madurez en un año. La matemática es la que me cuesta más y no me gusta, ni me gusta tampoco física fundamental, en cambio ciencias y sociales son más fáciles. Ya no seguí en la universidad porque dicen que pide mucho trabajo y que tiene que gastar uno mucho dinero.

Un terreno y una casa

Yo no tengo un trabajo en donde gane dinero, el que sostiene a la familia es mi papá y en la casa vivimos cuatro. Ayudamos un poco con el azúcar y tejiendo güipiles y cortes para vender; yo me pongo a trabajar en mi casa y cuando llega la hora entro a

despertar
escribir
estar
feliz

hacer la comida. A veces la gente de las aldeas me llama y me pagan para hacer la comida cuando hay una fiesta, pues con las monjas aprendí a hacer toda clase de comidas. Todavía soy soltera porque me siento bien estando sola, vivo con mi mamá aunque me gustaría tener mi casa aparte, ando buscando terreno pero no he encontrado.

Ahora que no trabajo yo, ni está trabajando mi hermana Cristina, mi mamá nos dice: "ojalá que salgan o que se vayan de la casa". Yo siento que lo dice porque aprecia más a los varones. En ocasiones nos levantamos tarde, cuando mi mamá ya está levantada y el fuego hecho, ahí es donde fallamos, aunque después nos vamos a sacar el nixtamal al molino y nos ponemos a tortear; acaso no haya a quién darle de comer si sólo estamos las tres, pero mi mamá piensa que no trabajamos o que no servimos sólo porque ahora podemos decir lo que queremos y lo que no queremos hacer.

Yo quiero a mi mamá, le hago sus cosas, pero no sé qué es lo que le entra en su cabeza, si nosotras lavamos su ropa y la de mis hermanos, y le tejemos sus güipiles, no como cuando crecimos, que ni ella ni nosotras teníamos ropa; antes sólo tenía un corte y un güipil viejos, ahora ya estamos nosotras para tejer o pagamos a alguien para que tejan su ropa. A veces pensamos que si no estuviéramos, quién la ayudaría a hacer todo esto, pero ella piensa que no ayudamos nada en la casa. También antes hablaba, pero poco. Yo creo que era así desde antes, nos regañaba mucho y nos hacía trabajar bastante.

Como mi mamá está enferma, somos mi hermana Cristina y yo las que nos turnamos para cuidarla, a los demás nada les importa, no preguntan nada, nosotras somos le llevamos la comida a la cama, le damos su agua en la noche y le ponemos sus remedios, pero la otra vez que se puso bien grave sólo mencionó a los varones y en cambio de nosotras no se acuerda, como que no existimos, valora más a los hombres. Mi hermano más chiquito todas las tardes sale, llega hasta las dos de la mañana y no le da pena. El otro día le dijo: “¿Cómo estás, qué tenés? Ah, ojalá que te mueras”, pero ella no le dice nada, sólo lo escucha.

A mi otra hermana también le dije que nos ayudara porque estoy sola con la Cristina, y estamos preocupadas cuidando de mi mamá, ella nos regañó y se enojó mucho, pero no contestó nada y no llegó. También le dije a mi mamá que por qué no la venían a cuidar sus nietos, que ya están grandes, si ella los había cuidado cuando crecieron. Pero qué se puede hacer si ellos no quieren. Ni mi papá, que ahí está durmiendo, se levanta, él no se preocupa de nada, y mi mamá mientras está llorando y gritando: “me voy a morir”.

Yo he estado pensando en mejor trabajar para comprar un terreno y construir mi casa en la misma aldea, pero ya separada, como que estar así juntos creo que no se puede. También algunas personas me han dicho :“están tranquilas porque están juntos, pero cuando se casen sus hermanos sí va a haber problemas, a las mujeres de ellos no les va a gustar que ustedes estén ahí; si las mujeres aconsejan a sus esposos va a haber problemas”. La comunidad no va a decir nada si estoy en mi propia casa, pues la gente no me está ayudando, yo pienso que no va a haber problema.

Ninguno de mis hermanos se ha casado, sólo uno que es alcalde de Colotenango, pero vive aparte; otro de mis hermanos se fue para Estados Unidos, los demás estamos en la aldea. A todos nos dejaron herencia pero es más grande el terreno de los hombres que el de las mujeres, y aunque todavía no lo han pasado a mi nombre, ya sembré café adentro porque no hay lugar para hacer una casa. Todavía mi hermano Ernesto peleó por otro pedazo que mi hermano el alcalde dejó vendido a mi papá; ese terreno nos lo iban a repartir a las mujeres, pero él dijo que ese pedazo era suyo y no dejó que nos lo dieran para hacer una casita, sino que sembró café.

Yo sé de algunos señores en esta aldea que le han comprado terreno a sus hijas y ellas ya hicieron su casa, por eso le digo a mi mamá: “¿por qué ninguno de ustedes está preocupado por hacernos una casa a nosotras? Aunque no tenemos esposos, debería ser así como hizo el señor con sus hijas”, y ella me contesta: “ustedes miren qué van a hacer, a mí no me preocupa eso, ya sólo estoy esperando la muerte”.

Mi papá no habla con nosotros, llega los sábados y domingos pero no nos dice nada; antes sí hablaba con mi mamá, ahora se la pasan peleando. A veces nos cuenta un poco cuando le preguntamos qué está pasando en el pueblo o nos acompaña en el camino si se lo pedimos, pero si le hablamos de la salud de mi mamá se enoja y nos dice: “¿y qué puedo hacer yo?”, no pregunta cómo se siente ni le busca su medicina, nada. Creo que mis papás siempre fueron así, desde que se juntaron tuvieron problemas; él tenía otras mujeres y todos los días llegaba hasta la madrugada. La gente comenta que se iba con

una mujer de la misma aldea. Ellos nunca estuvieron contentos, peor fue cuando sembraron milpa al otro lado; a veces mi papá agarraba a mi mamá en el camino con palos o con patadas, decía que ella no caminaba rápido. Mi mamá me contó que una vez que cuando estaban jóvenes y mi mamá había tenido a su primer hijo, lo llevaba cargado y pesaba mucho, ya no podía caminar y se quedó atrás, por La Democracia, entonces él le pegó. “Antes no era como ahora, que los hombres cargan a los niños o los abrazan, yo no viví así”, dice ella cuando ve a mi primo que es el encargado de cuidar y cambiar al niño: “si así fuera mi marido, yo nunca lo dejaría”.

Cristina y yo le decimos cuando vemos cómo se pelean: “¿Por qué se juntaron o por qué no te fuiste antes? Si ya sabían cómo era el problema cuando se casaron”. “No”, dice mi mamá, “mi papá no quería que yo regresara, me dijo: ‘mejor ándate, ya te buscaste marido’”, por eso es que no regresó y también porque mi abuelito le pegaba mucho. Cristina y yo nos enojamos, pensamos que puede ser que por eso mi mamá se la pase enferma. Ya no se va a curar, cuando creció mi abuelito la hizo trabajar, a veces no le daba de comer y le pegaba mucho; además, cuando tuvo a su primer hijo, sólo estuvo tres días acostada y salió a cargar cosas debajo de la lluvia para que no se mojaran, y de todas formas mi papá le pegó.

Nosotras nos preocupamos por las cosas de mi mamá, también mi hermano que está en los Estados Unidos le manda dinero para su ropa. Le dijimos: “¿qué más quiere? Si es cierto que mi papá tiene otra mujer pues que se junte con ella, ya no

esté sufriendo”. La verdad es que mi papá sí tiene otra mujer, yo lo vi un día que los seguí a la clínica. A mí no me duele, eso es entre ella y mi papá, lo que pienso es que cuando se murió el esposo de la señora fue que mi papá se metió con ella. Me duele es que mi papá haya cuidado mucho a las hijas de esa señora; cuando se murió el esposo, ellas se quedaron bien chiquitas, pero mi papá las creció y a nosotros no nos dio nada. Todavía ahora mi papá les presta dinero sin cobrarles, en cambio yo tengo que rogarle para que me preste y si me da, quiere que le pague rápido.

A esa señora una vez me la encontré cuando venía de regreso de Chiantla para Colotenango, ella estaba junto con su hija y andaba un poco tomada; nos subimos al mismo carro y en eso que me agarra del güipil y me dice: “usted habló de mí, dijo que yo estoy metida con su papá. ¿Por qué se pone sobre mí si yo nunca me he metido con su papá?”. Me jalaba duro y quería pegarme, pero yo le dije: “es la gente de la aldea la que habla porque se da cuenta que usted llega con mi papá, no soy yo, yo nunca hablo de usted”. En eso llegó su hija: “Déjala. ¿Acaso ella está tomando contigo, está bola, que le estás pegando y la estás jalando?”, le dijo, y la señora me soltó.

Así es en la comunidad, hay algunas familias que viven bien, se platican, toman decisiones entre el hombre y la mujer, y otras que se la pasan peleando como mis papás; igual están mis tías de Ixtahuacán, con muchos problemas; mis hermanas igual, aunque yo quisiera que todos mis hermanos estuvieran bien, que platicaran entre ellos, sería mejor. A saber si es por su suerte que así les pasa.

Yo no puedo elegir a un hombre

Yo no creo si un hombre me dice: “vamos a estar juntos”, ahora los hombres, sólo por molestar, dicen palabras así: “te quiero, te amo”. Me di cuenta de eso hace unos años con un señor que me decía que me quería y yo le creí; lo quería pero después se fue con otra y empezó a hablar mal de mí, dijo que yo era vieja. Claro que sí soy vieja, yo no dije que tenía catorce o quince años, por eso ahora no les creo nada a los hombres, les contesto malas palabras. También un día que fui a Colotenango le pegué a un señor porque yo iba subida en un carro entre todos los hombres y él vino, me dijo unas palabras malas y metió la mano debajo de mi güipil, entonces yo sentí que me hacía mal y no quería que me pasara otra vez como en la guerra, por eso le pegué, le di dos en la boca y él se enojó; cuando llegué a la casa, Cristina me dijo: “¿por qué le pegaste si ese hombre es bien enojado? Te van a dar duro”. “Ah, está bueno si me dan”, le dije, “pero yo no soy una mujer cualquiera, a mí no me gusta que me digan esas cosas, ni que hablen cosas de las mujeres, de cómo es la mujer y cómo es el cuerpo de las mujeres”.

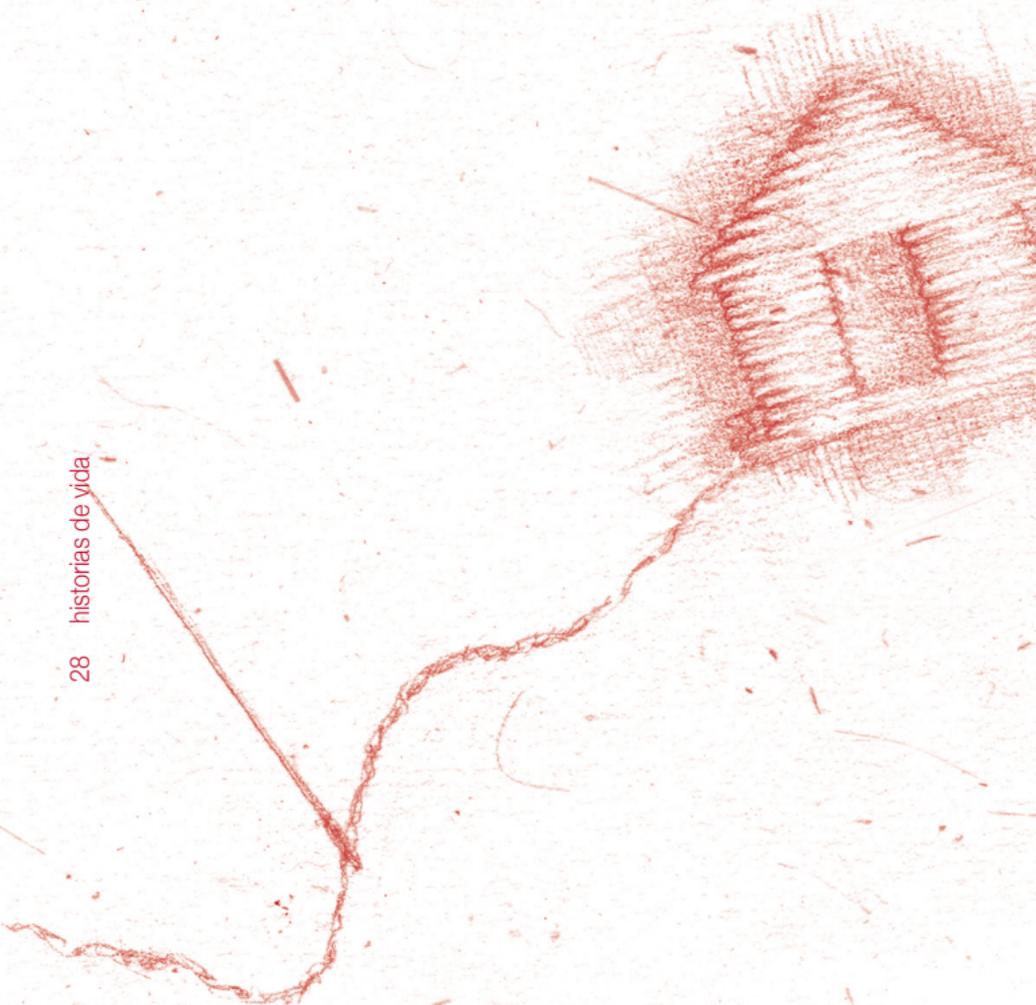
El peligro ahora es que los hombres se quieren aprovechar. Me da miedo salir por los caminos por Tixel, hay muchos ladrones que usan ropa de soldados o de guerrilleros y que esperan escondidos para asaltar a la gente y violar a las mujeres. Cuando pasa eso, las mujeres no quieren decir nada, lo peor es que hay mujeres que cuando a uno la violan dicen: “si lo hacen es porque ellas quieren”. Me pongo a pensar que cuando uno no quiere se pone a pelear, aunque a

veces las mujeres no pueden hacer nada porque entre dos o tres la agarran, o si llevan cuchillo y las muchachas se pelean con ellos, las cortan y ellas se asustan. ¿Por qué no agarran a esos hombres que violan a las mujeres?

Han tratado de hacerme daño y eso es lo que no me gusta; a veces me siento un poquito triste porque hay personas que nos dicen que por qué no buscamos marido, que tal vez no queremos trabajar para nuestros esposos. Para mí eso ya pasó, es difícil, yo no puedo ir a ofrecerme a un hombre, no puedo llegar y decir: “mire, señor, yo me voy a casar con usted”. ¿Qué tal si el hombre no me quiere? Le creería a un hombre si quisiera que me quedara como su mujer de una vez, pero pienso que ya no voy a encontrar un hombre que quiera eso.

No es bueno si uno no está feliz

Como me gusta trabajar con grupos me puse a sacar un curso en enfermería allá en CEIBA, a ese curso voy una vez cada mes. También me gustaría participar en la iglesia, pero no tengo tiempo porque voy a otros cursos o reuniones y tengo trabajo de la escuela. De todas formas mi mamá no me da permiso para salir el domingo, hay que hacer el almuerzo pues ese día están todos en la casa. Cuando entré en este grupo fue porque mi mamá me dijo que iba a ir a una reunión, pero se iba a venir sola, entonces yo le dije: “me voy con usted, aunque sólo usted vaya a entrar a la reunión”. Nos fuimos a Colotenango y ahí conocí a Anastasia y a Maritza, después me fui ahí con ellas a San Sebastián y me dijeron que me podía quedar con ellas en



este grupo para hablar de lo que nos pasó en la guerra, que eso no se puede olvidar, cómo le vamos a hacer para sacarlo.

Nosotros también supimos de lo del resarcimiento y pensamos que ojalá nos llegara una ayuda, pero a veces siento que estamos dando muchos papeles con información y nuestro testimonio, y no hay apoyo; nos piden pruebas pero, ¿acaso había gente que lo estaba viendo? Antes no era claro lo de la violación, no como ahora que ya no hay miedo y que se puede denunciar; tampoco conocemos quiénes fueron los violadores. Otra cosa que pasa es que cuando llegan los proyectos con nosotros son pequeños y en el papel dice que son grandes; la gente se pregunta a dónde va ese dinero.

Así pasó antes con los guerrilleros, nos dijeron que las cosas iban a cambiar y que íbamos a tener apoyo pero, ¿dónde está? Nada se logró. Una vez que vinieron a dar casa a la gente a que le quemaron la vivienda, dijeron: “no le vamos a dar a esta gente, el señor está bien y tiene trabajo”, aunque con nosotros estuvieron, se durmieron en nuestra casa, les hicimos tortilla y comida, por eso pienso que lo hicieron solamente para ganar o para tener dinero. Recuerdo que con nosotros estuvieron dos mujeres y dos hombres, uno era de Chimaltenango y otro de Quiché, estuvieron junto a nuestro fuego, comieron con nosotros y ahora saber en dónde están, tal vez se superaron y ni siquiera nos preguntan ahora cómo estamos, nada, ni siquiera nos miran; igual que Rigoberta Menchú, que lloró frente a nosotras, derramó lágrimas. “Ya mero me matan”, dijo a las mujeres y con el apoyo de ellas subió a otro nivel, pero ahora ya no piensa en nada de eso, ni en la gente o en las aldeas en donde estuvo.

Lo que nos pasó tal vez lo vamos a olvidar sólo cuando estemos muertos. Todavía recuerdo lo que me hicieron y es por eso que no me gusta ver mi cuerpo cuando me baño. Algunas mujeres de mi familia hablan mal de mí y de mi hermana, dicen que soy fea y que a ellas los hombres sí las quieren porque son bonitas; yo les digo que si soy fea es porque dios me dejó así y que nadie tiene que decirme nada, si soy fea, soy fea, y soy bonita, soy bonita.

La justicia para mí es hablar de mi problema o de otros problemas que pasan en la aldea, con el alcalde, para que se calme, y que se pague por el daño que se hizo. No es bueno si uno no está feliz.

Colotenango, 2006

En 2005, Carmela se encuentra con Actoras de Cambio. Decide unirse a otras 54 mujeres mayas de diferentes regiones del país, para empezar a hablar de la violación sexual sufrida durante la guerra y cambiar el destino que le había sido impuesto.

En este proceso, rompe el silencio, descarga su corazón, deja las ataduras de la culpa, de la vergüenza y del terror impreso en la piel. *Un arroyo es el camino que trajimos. Antes, había un montón de basura en este río, ahora quedó todo lo bueno, ahora ya estamos limpias como este río. La tristeza ya no la siento, pues ya la saqué. Ahora yo estoy tranquila y feliz.*

Juntas levantan la mirada. *¡La vergüenza es, de ellos, no de nosotras! Cuando aclaré todos mis sentimientos, todo lo que sufrí en el tiempo de guerra, como que fue la medicina para mí. Me sentí una mujer grande.*

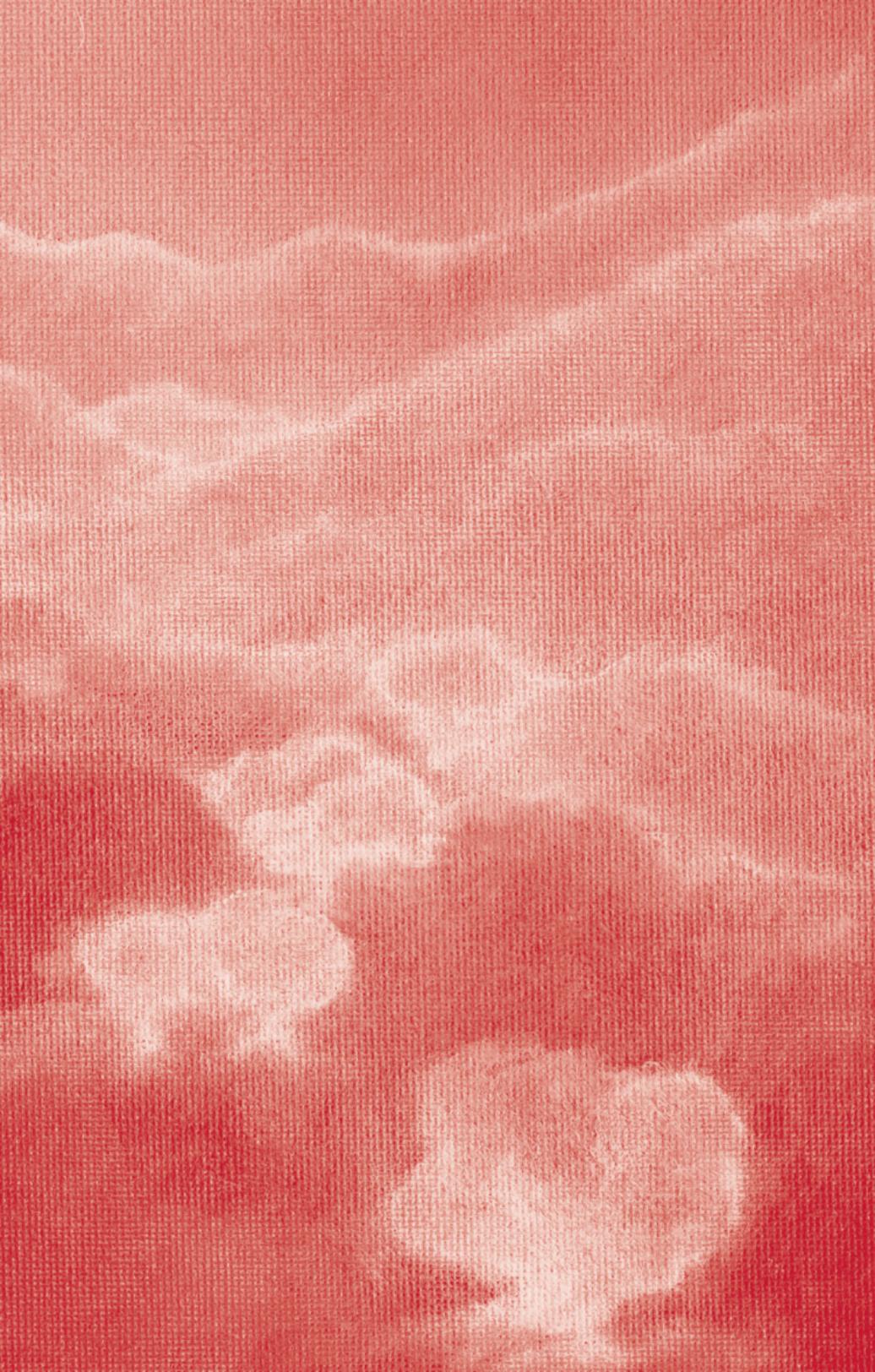
Acompañadas de otras mujeres, recuperan la posibilidad de sentirse dignas, seguras y cómodas con su propio cuerpo; recuperan las ganas de reír y de bailar. Más allá de sobrevivir, empiezan a vivir... *Pusimos hojas y flores al árbol.*

Y porque no quieren que le vuelva a pasar a otra mujer, ni a sus hijas, ni a sus nietas, deciden alzar la voz y recuperar la memoria de lo ocurrido a las mujeres mayas durante la guerra.

Hay que seguir hablando, hay que seguir diciendo, y seguir exigiendo nuestros derechos a la justicia, porque no es justo que nos violen, para que algún día no muy lejano ya no le hagan daño a las niñas y a las mujeres.



1. Todo este proceso colectivo de sanación, autoconciencia, y reconstrucción de la vida ha sido registrado por el libro "Tejidos que lleva el alma", Amardine Fulchiron (coord.), Angélica López y Olga Alicia Paz, F&G Editores, 2009.
2. Desde el año 2008, lo han hecho en diferentes espacios públicos. Ver en particular las memorias del Festival por la memoria de Huehuetenango, "Sobreviví, Estoy Aquí, Estoy Viva"; y de Chimaltenango, "Yo soy voz de la memoria y cuerpo de la libertad".



Estas nueve historias de vida se inscriben en un proceso de recuperación de la memoria en el que mujeres mayas decidieron romper el silencio y sanar las heridas dejadas por los crímenes sexuales cometidos sistemáticamente contra ellas durante la guerra. Sus historias fueron la base del libro “Tejidos que lleva el alma. Memoria de las mujeres mayas sobrevivientes de violación sexual durante el conflicto armado”.

A través de su voz, están convocando a la sociedad a conocer esta parte silenciada de la historia, a desarticular la guerra, el racismo y la violencia sexual de nuestras vidas, y escribir otra historia de dignidad, libertad y bienestar para todas las mujeres y la humanidad en su conjunto.

¡Gracias mujeres maravillosas por haber levantado la voz con tanta valentía, fuerza y dignidad!

¡Que sus voces sirvan de semilla para que algún día, no muy lejano, ya no le hagan daño ni a las niñas, ni a las mujeres!

**COLECTIVA
ACTORAS DE CAMBIO**